

# Segismundo y compañía

Fernando  
Lalana



*(Se apagan las luces de la sala aunque permanecen las de mutación para evitar el oscuro total y, de inmediato... EMPIEZA LA ACCIÓN.*

*El haz de la linterna de la ACOMODADORA, iluminando uno de los pasillos. Va abriendo camino a una pareja de espectadores, muy relamidos, ataviados de modo algo anacrónico. El ESPECTADOR lleva un traje a rayas estilo «Chicago años veinte» y la ESPECTADORA, un enorme y espectacular sombrero).*

ACOMODADORA. Pasen por aquí, hagan el favor.  
Éstas son sus butacas.

ESPECTADOR. Gracias, señorita. *(Le ofrece una propina)*. Tenga usted.

ACOMODADORA. Muchas gracias, caballero, pero la empresa nos tiene prohibido aceptar propinas de menos de veinte mil duros.

ESPECTADOR. Vaya... pues lo siento pero no llevo suelto.

ACOMODADORA. No se apure, hombre. Otro día será. Ya lo dice el refrán: «Hoy por ti, mañana por mí».

ESPECTADOR. Bien, en ese caso... que Dios se lo pague.

ACOMODADORA. Y usted que lo vea, caballero. *(A la ESPECTADORA)*. Señora... *(Sale pasillo arriba, por la puerta de la sala, tarareando el estribillo de «La bien pagá»)*.

ESPECTADORA. *(Mirando a su alrededor)*. Ay, Marcelino, qué contenta estoy de que hayamos venido. Fíjate, fíjate qué sala tan bonita. Y qué público tan distinguido... y tan joven. ¡Huy!, qué guapos son todos... así da gusto.

ESPECTADOR. *(Consultando su reloj. Refunfuña. Refunfuña casi siempre)*. Esto es inaguantable. Una tomadura de pelo. Según mi reloj, la sesión tendría que haber empezado ya. *(Al que ocupa la butaca de delante)*. Disculpe, ¿lleva usted hora? *(El de delante le contestará que las doce en punto o las doce y cinco)*. ¡Justo, sí señor, las doce y cinco! Y esto que no empieza. Y en el periódico estaba bien clarito que la sesión empezaba a las doce en punto ¿no? ¡Ay, ay, ay...! Así va este país: se empieza siendo impuntual y se acaba atracando un banco.

ESPECTADORA. *(Como si el espectador de la butaca situada tras la suya le hubiera dicho algo).*  
¿Cómo dice? ¿Que no ve? ¿Has oído, Marcelino? Este señor dice que no ve por mi culpa. Pero, ¿qué voy a hacerle yo si el pobre es medio cegato?

ESPECTADOR. El sombrero, mujer, el sombrero...

ESPECTADORA. ¿Mi sombrero? ¿Que mi sombrero es lo que no le deja ver? ¡Valiente tontería! Un sombrero tan discreto y elegante... *(Se lo quita)*. Lo que pasa es que la gente es muy envidiosa. *(Al de atrás)*. ¡Envidiosa, sí señor! ¡A usted lo que le ocurre es que le gustaría tener un sombrero como éste! ¡No lo niegue! ¡Menudo sombrero es éste!

ESPECTADOR. ¡Acomodadora! ¡Chsst! ¡Señorita! ¡Acomodadora!

ACOMODADORA. *(Acercándose por el pasillo)*. ¿Qué sucede, caballero?

ESPECTADOR. Dígame: ¿a qué hora empieza la sesión?

ACOMODADORA. A las doce, señor.

ESPECTADOR. *(Con retintín)*. Pero, ¿a las doce de aquí o a las doce de las Islas Canarias? ¿Porque ya son las doce pasadas! Pregúntele, pregúntele a cualquiera.

ACOMODADORA. (*A uno del público*). ¿Cómo? ¿Que ya son las doce? A ver, a ver... ¡Madre mía! Tiene usted toda la razón, caballero. (*Al público*). No se impacienten, espectadores míos, que empezamos enseguida. (*Se va, linterna en ristre*).

ESPECTADORA. (*Sigue hablando con las dos filas de atrás*). ¡Que no, que no! ¡Que no le puedo vender mi sombrero! (*Al ESPECTADOR*). Marcelino, amor mío, a ver si le paras los pies a este joven, que dice que me quiere comprar el sombrero.

ESPECTADOR. (*Poniéndose en pie. Arremangándose la chaqueta. Al espectador de atrás*). ¡Oiga, usted! ¡Haga el favor de no meterse con mi señora, o no respondo! ¡Hasta ahí podríamos llegar! ¡Hombre!

ESPECTADORA. Muy bien, Marcelino. Así me gusta.

ESPECTADOR. (*Muy ufano*). Es que yo, cuando me enfado, soy tremendo, lo reconozco.

ESPECTADORA. (*Al público, en general*). ¡Tremendo es mi Marcelino! ¡Tremendo!

ESPECTADOR. (*A la ESPECTADORA*). De todas formas, si está muy interesado, podrías venderle el sombrero a este chico. Total, tú ya tienes

veintiséis. Y veintiséis sombreros me parece una exageración, sobre todo teniendo en cuenta que no tienes más que una cabeza.

ESPECTADORA. Pero, Marcelino...

ESPECTADOR. ¡No hay pero que valga! Cuando se sale de casa hay que intentar hacer amistades. Vamos, mujer, vamos, véndeselo y no discutas más.

ESPECTADORA. No sé, no sé, Marcelino, esposo mío... Un sombrero tan bonito... En fin, si tú lo dices. (*Al de atrás*). De acuerdo, joven. ¡Se lo vendo! Pero que conste que lo hago por el cariño que le profeso a mi marido. Tres mil pesetas y es suyo. Va. (*A su marido*). Dice que no, Marcelino.

ESPECTADOR. Pónselo más barato, mujer, que estamos en época de crisis.

ESPECTADORA. Es verdad. (*Al de atrás*). ¡Venga! Dos mil novecientas y es suyo. ¿Tampoco? Está bien: dos mil setecientas cincuenta y no se hable más. ¿No? Oiga, que se lo estoy dando de saldo, caramba. (*Se levanta. Al público*). ¡A ver! ¿Quién da dos mil setecientas cincuenta pesetas por este bonito sombrero de fantasía? (*Señala un lugar*). ¡Allí! ¡Gracias, caballero! ¿Quién da más? (*Señala otro lugar*). ¡Allí ofrecen treinta

mil pesetas! ¡Treinta mil a la una...! (*Mirando a otro sitio*). ¿Cómo dice, señorita? ¿Seiscientas diecisiete mil pesetas? ¡Muy bien! ¡Seiscientas diecisiete mil pesetas a la una, seiscientas diecisiete mil pesetas a las dos y seiscientas diecisiete mil pesetas...!

ACOMODADORA. (*Apareciendo en lo alto del pasillo*). ¡Treinta y una!

ESPECTADORA. ¡Hay mus! ¡Una oferta inmejorable, Acomodadora! Treinta y una a la una, treinta y dos a las dos, y treinta y tres a las... (*En ese instante se apagan las luces de mutación y se hace un oscuro casi total, sólo mitigado por la potentísima linterna de la ACOMODADORA*). ¡Ay! ¡Ay, Dios mío! ¿Qué ocurre aquí? ¡No veo nada! ¡Me he quedado ciega, Marcelino! ¡Prométeme que me seguirás queriendo aunque sea ciega!

ESPECTADOR. Tranquila, cielo. Es que han apagado la luz. Me parece que esto empieza ya.

ESPECTADORA. ¡Vaya hombre! Justo ahora, que estábamos a punto de deshacernos por una pasta gansa de este horrible sombrero que me regalaste. ¡También es mala suerte!

*(Efectivamente, se han apagado todas las luces. De pronto, en el centro de la escena*

*aparece el ACTOR, interpretando al SEGISMUNDO de «La vida es sueño», de Calderón de la Barca. Viste harapos SEGISMUNDO, quiero decir, no Calderón de la Barca, lleva una larga barba postiza y va más cargado de cadenas que una antena parabólica. O sea, lo propio del personaje).*

ACTOR. *(Recita. Método Stanislavsky).*

¡Ay, mísero de mí! ¡Ah, infelice!

Apurar, cielos, pretendo,

ya que me tratáis así,

qué delito cometí

contra vosotros, naciendo.

Aunque, si nací, ya entiendo

qué delito he cometido:

bastante causa ha tenido

vuestra justicia y rigor

pues el delito mayor

del hombre es haber nacido...

ESPECTADOR. *(En voz alta).* Mira qué joven tan simpático. Y qué cosas más graciosas dice.

ESPECTADORA. ¡Ya lo creo! *(Al ACTOR).* ¡Pssst!

¡Pssst! ¡Muchacho! ¡Eh!

ACTOR. *(Dejando la interpretación. Haciéndose visera con la mano).* ¿Qué? ¿Qué ocurre? ¿Es a mí?



ESPECTADOR. ¡Sí, sí! ¡Aquí, aquí!

ACTOR. (*Perplejo. Adelantándose hasta la batería.*)

¿Qué...? ¿Qué pasa?

ESPECTADORA. Oye tú... ¿cuándo vamos a ver a Árnol Suarceneguer?

ACTOR. ¿Cómo? ¿Quién dice usted?

ESPECTADORA. Sí, hombre: Árnol Suarceneguer.

Ese actor tan grande, con unos brazos así de gordos, como los de Popeye el marino.

ACTOR. Lo siento mucho, pero aquí no hay nadie que se llame Árnol. Y mucho menos, Suarceneguer.

ESPECTADORA. ¡Qué bobada! Vamos a ver... tú eres de aquí, de la casa, ¿verdad? Quiero decir que tú trabajas aquí, ¿no?

ACTOR. Pues... sí, sí, sí, señora. Yo trabajo aquí.

ESPECTADORA. Entonces, tienes que saber a qué hora empieza la película.

ACTOR. ¿Película? ¿Qué película?

ESPECTADORA. ¡Toma! Pues la película que hemos venido todos a ver. ¿A qué va la gente al cine? ¡A ver una película, naturalmente!

ACTOR. Pero, señora, está usted confundida.

ESPECTADORA. ¿Confundida, yo? ¡Ay, madre mía, que dice que yo estoy confundida! ¡A que le atizo con el bolso!

ESPECTADOR. ¡Oiga! ¡Haga usted el favor de no llevarle la contraria a mi señora, o no respondo!

ACTOR. No, si yo, señora, lo que yo le digo es que esto no es un cine. Esto es un teatro y lo que vamos a ver todos aquí, no es una película sino una obra de teatro.

ESPECTADORA. (*Mirando a su alrededor*). ¿Cómo? ¿Teatro? (*Con cierto asco*). ¿Teatro? Entonces... ¿aquí no ponen la película esa tan buena del Árnol Suarceneguer?

ACTOR. Ya le he dicho que no, señora.

ESPECTADORA. (*Volviéndose hacia su marido, hecha una furia*). ¡Cada día estás más tonto, Marcelino! ¡Ya no sabes ni leer la cartelera de espectáculos! ¿Se puede saber dónde me has traído?

ESPECTADOR. Cariño, te aseguro que lo había leído claramente. (*Al público*). Por favor, ¿quién tiene un periódico? (*Uno de los profesores que acompaña a los chicos ofrece un periódico*). Gracias, don Matías. (*O como se llame el maestro. El ESPECTADOR busca las páginas de espectáculos*). Miren, miren, aquí lo pone, bien clarito: «Vidas de ensueño», con Kim Bassinger y Árnol Suarceneguer.

ACTOR. ¡Ah, claro! ¡Ahí está la confusión! Ustedes querían ver «Vidas de ensueño» y aquí

representamos una obra muy buena que se titula «La vida es sueño». Es de un autor importantísimo y famosísimo que se llama Pedro. Pedro Calderón de la Barca...

ESPECTADORA. (*Cortándole. A su marido. Enfadadísima*). ¡Un momento! ¡Ahora lo entiendo todo! Por eso me has invitado al cine. ¡Porque sale Kim Bassinger! ¿No es eso? (*Le atiza un bolsazo que lo tira largo al suelo*). ¡Asqueroso!

(*El ACTOR y la ACOMODADORA corren a sujetar a la señora, que insiste en vapulear a su marido*).

ACOMODADORA. ¡Tranquilos, va, tranquilos!

ACTOR. ¡Cálmese, señora!

ESPECTADORA. ¿Que me calme? ¿Que me calme? (*A su marido*). ¡Ya te daré yo a ti Kim Bassinger, ya!

ACOMODADORA. (*Interponiéndose definitivamente entre ambos*). ¡Ya está bien! ¡Esto es intolerable! ¡Menudo ejemplo están dando ustedes delante de estos pacíficos chicos y chicas! ¡Hagan el favor de abandonar la sala! ¡De inmediato!

ESPECTADORA. (*Ofendidísima*). ¿Cómo? ¿Nos echan? ¿Nos echan a la calle?

ACOMODADORA. Exactamente. Cuando uno va al teatro tiene que saber comportarse con educación. ¡Fuera! ¡Fuera de aquí!

ESPECTADORA. (*A su marido*). ¡Marcelino, haz algo!

ESPECTADOR. (*Se incorpora, arremangándose la americana*). ¡Ojito con expulsar a mi señora de la sala o no respondo, joven! Además, hemos pagado nuestra entrada como todo el mundo (*saca las dos entradas, y las exhibe, para que no haya duda alguna*) y de aquí no nos echa nadie.

ACTOR. Pero si ustedes... no querían ver esta obra...

ESPECTADOR. Bueno... pero, como a la película de Kim Bassinger, digo, de Árnol Suarceneguer, ya no llegamos, nos quedamos en ésta. Al fin y al cabo, la culpa es suya por haber empezado con tantísimo retraso.

ACTOR. ¡De eso, nada! La culpa es toda suya, señor mío.

ACOMODADORA. Bueno, bueno, cálmense todos. (*Al matrimonio de espectadores*). Si ocupan ustedes sus localidades y prometen no volver a dar la lata, les permito que se queden. A ver si así podemos empezar de una vez la función, que tenemos a todas estas señoras y señores (*por el público*) esperando desde hace un rato. ¿De acuerdo?